tanta grasa que habría servido para condimentar la caldera de Altopascio, y a su jubonzuelo roto y remendado, y alrededor del cuello y bajo los sobacos esmaltado de mugre con más manchas y más colores que nunca tuvieron los paños tártaros o indios, y a sus zapatillas todas rotas y a las calzas descosidas, le dijo, como si hubiera sido el señor de Chatilión, que quería darle vestidos y pulirla y sacarla de aquella esclavitud de estar en casa ajena, y sin tener grandes posesiones, ponerla en estado de esperar mejor fortuna; y muchas otras cosas, las cuales, por muy afectuosamente que las dijese, convertidas en aire como ocurría con la mayoría de sus empresas, se quedaron en nada. Encontraron, así, los dos jóvenes a Guccio Porco ocupado con Nuta; de la cual cosa contentos, porque la mitad del trabajo se ahorraban, no impidiéndoselo nadie, en la cámara de fray Cebolla, que encontraron abierta, entrados, la primera cosa que cogieron para buscar en ella fue la alforja donde estaba la pluma; y abierta la cual, encontraron en un gran paquete de cendales envuelta una pequeña arqueta donde, abierta, encontraron una pluma de aquéllas de la cola de un papagayo, que pensaron que debía ser la que había prometido mostrar a los certaldeños. Y ciertamente podía en aquellos tiempos fácilmente hacérselo creer, porque todavía los lujos de Egipto no habían llegado a Toscana sino en pequeña cantidad y no como después en grandísima abundancia, con ruina de toda Italia han llegado; y si eran poco conocidos en aquella comarca, no eran nada conocidos por los habitantes; sino que, conservándose todavía la ruda honestidad de los antiguos no sólo no habían visto papagayos, sino que ni de lejos la mayor parte nunca habían oído hablar de ellos.
Contentos, pues, los jóvenes de haber encontrado la pluma, la cogieron, y para no dejar la arqueta vacía, viendo carbones en un rincón de la cámara, llenaron con ellos la arqueta; y cerrándola y cerrando todas las cosas como las habían encontrado, sin haber sido vistos, se fueron contentos con la pluma y se pusieron a esperar lo que fray Cebolla, al encontrar carbones en lugar de la pluma, iba a decir. Los hombres y las mujeres sencillos que estaban en la iglesia, al oír que iban a ver la pluma del arcángel Gabriel después de nona, terminada la misa se volvieron a casa; y diciéndoselo de un vecino a otro y de una comadre a otra, al terminar todos de almorzar, tantos hombres y tantas mujeres acudieron al castillo que apenas cabían allí, esperando con deseo de ver aquella pluma.
Fray Cebolla, habiendo almorzado bien y luego dormido un rato, se levantó un poco después de nona y sintiendo que una multitud grande de campesinos había venido para ver la pluma, mandó a decir a Guccio Imbratta que allí con las campanillas subiera y trajese sus alforjas. El cual, luego que con trabajo de la cocina y de la Nuta se arrancó, con las cosas pedidas, con lento paso, allá se fue, y llegando allí sin aliento porque el beber agua le había hecho hincharse mucho el cuero, por mandato de fray Cebolla, bajo la puerta de la iglesia se fue y comenzó a tocar fuertemente las campanillas. Después de que todo el pueblo se reunió, fray Cebolla, sin haberse apercibido de que nada le hubieran tocado, comenzó su sermón y a favor de sus intenciones dijo muchas palabras; y teniendo que llegar a mostrar la pluma del ángel Gabriel, diciendo primero con gran solemnidad el Confiteor, hizo encender dos antorchas, y desenrollando delicadamente los cendales, habiéndose quitado primero la capucha, fuera sacó la arqueta; y diciendo primeramente unas palabritas en alabanza y loa del arcángel Gabriel y de su reliquia, abrió la arqueta. Y cuando llena de carbones la vio, no sospechó que aquello Guccio Balena lo hubiera hecho porque sabía que no alcanzaba a tanto, ni lo maldijo por no haber cuidado de que otro no lo hiciera; sino que se insultó tácitamente por haberle encomendado la

guarda de sus cosas sabiéndolo como lo sabía negligente, desobediente, descuidado y desmemoriado; pero sin embargo, sin cambiar de color, alzando el rostro y las manos al cielo dijo de manera que fue oído por todos:

–¡Oh, Dios, alabado sea siempre tu poder!

Luego, volviendo a cerrar la arqueta y volviéndose al pueblo, dijo:

–Señores y señoras, debéis saber que siendo yo todavía muy joven fui enviado por un superior mío a aquella parte por donde aparece el sol, y me fue ordenado con mandamiento expreso que buscase los privilegios de Porcellana, los cuales, aunque como indulgencias no costasen nada, mucho más útiles les son a otros que a nosotros; por la cual cosa, poniéndome en camino, partiendo de Vinegia y yendo por el Burgo de Griegos y de allí adelante cabalgando por el reino del Garbo y por Baldacca, llegué al Parión de donde, no sin sed, luego de un tanto llegué a Cerdeña. ¿Pero por qué voy diciéndoos todos los países por donde fui buscando? Llegué, pasado el estrecho de San Giorgio, a Estafia y a Befia, países muy habitados y con muchas gentes, y de allí llegué a la Tierra de la Mentira, donde a muchos de nuestros frailes y de otras religiones encontré, los cuales todos andaban evitando los disgustos por amor de Dios, poco cuidándose de otros trabajos cuando veían que perseguían su utilidad, no gastando más moneda que la que no estaba acuñada por aquellos países; y pasando de allí a la tierra de los Abruzzos, donde los hombres y las mujeres van sin zuecos por los montes, vistiendo a los puercos con sus mismas tripas, y poco más allá me encontré a gentes que llevan el pan en los bastones y el vino en los morrales, desde donde llegué a las montañas de los vascos, donde todas las aguas corren hacia abajo.

»Y en resumen, tanto anduve que llegué hasta la India Pastinaca, en donde os juro, por el hábito que llevo, que vi volar a los plumíferos, cosa increíble para quien no los haya visto; pero no me deje mentir Maso del Saggio a quien encontré allí hecho un gran mercader que cascaba nueces y vendía las cáscaras al por menor. Pero no pudiendo lo que estaba buscando encontrar, porque de allí en adelante se va por el mar, volviéndome atrás, llegué a esas santas tierras donde en el verano os cuesta el pan frío cuatro dineros y el caldo nada os cuesta; y allí encontré al venerable padre señor Non-me-blasméis Si-os-place, dignísimo patriarca de Jerusalén, el cual, por reverencia al hábito que siempre he llevado del barón señor San Antonio, quiso que viese ya todas las santas reliquias que tenía junto a sí, y fueron tantas que, si quisiese describiros todas no vendrían a término en tal milla; pero por no dejaros desilusionados os diré, sin embargo, algunas. Primeramente me mostró el dedo del Espíritu Santo tan entero y sano como nunca lo estuvo, y el tupé del serafín que se apareció a San Francisco, y una de las uñas de los querubines, y una de las costillas del Verbum-caripuesto-alajimez, y de los vestidos de la santa fe católica y algunos de los rayos de la estrella que se apareció a los tres Magos de Oriente, y una ampolla con el sudor de San Miguel cuando combatió con el diablo, y la mandíbula de la muerte de San Lázaro y otras. Y porque yo libremente le entregué las laderas de Montemoreno en vulgar y algunos capítulos del Caprezio que largamente había estado buscando, él me hizo partícipe de sus santas reliquias y me donó uno de los dientes de la Santa Cruz y en una ampolleta algo del sonido de las campanas del templo de Salomón y la pluma del arcángel Gabriel, de la cual ya os he hablado, y uno de los zuecos de San Gherardo de Villamagna, el cual yo, no hace mucho, en Florencia di a Gherardo de los Bonsi, que tiene en él grandísima devoción; y me dio los carbones con los que fue asado el bienaventurado mártir San Lorenzo; las cuales cosas todas aquí



conmigo traje devotamente, y todas las tengo.
»Y es la verdad que mi superior nunca ha permitido que las mostrase hasta tanto que no se ha certificado si son ciertas o no, pero ahora que por algunos milagros hechos por ellas y por cartas recibidas del patriarca se ha asegurado, me ha concedido la licencia para que os las muestre; pero yo, temiendo confiárselas a nadie, siempre las llevo conmigo. Cierto que llevo la pluma del arcángel Gabriel, para que no se estropee, en una arqueta, y los carbones con los cuales fue asado San Lorenzo en otra, las cuales son tan semejantes la una a la otra que muchas veces he cogido la una por la otra, y ahora me ha ocurrido; y creyendo que había traído la arqueta donde estaba la pluma, he traído aquella en donde están los carbones. Lo que no reputo como error sino que me parece que sea cierto que haya sido la voluntad de Dios y que Él mismo haya puesto la arqueta de los carbones en mis manos, acordándome yo hace poco que la fiesta de San Lorenzo es de aquí a dos días; y por ello, queriendo Dios que yo, al mostraros los carbones con los que fue asado, encienda en vuestras almas la devoción que en él debéis tener, no la pluma que quería sino los benditos carbones rociados con el humor de aquel santísimo cuerpo me hizo coger. Y por ello, hijos benditos, quitaos las capuchas y acercaos aquí devotamente a verlos. Pero primero quiero que sepáis que cualquiera que por estos carbones es tocado con la señal de la cruz puede vivir seguro todo el año de que no le quemará fuego que no sienta.
Y luego que hubo dicho así, cantando un laude de San Lorenzo, abrió la arqueta y mostró los carbones, los cuales luego de que un rato la estúpida multitud hubo mirado con reverente admiración, con grandísimo ruido de pies todos se acercaron a fray Cebolla, y dando mayores limosnas de lo que acostumbraban, que les tocase con ellos le rogaban todos. Por la cual cosa, fray Cebolla, cogiendo aquellos carbones en la mano, sobre sus camisolas blancas y sobre los jubones y sobre los velos de las mujeres comenzó a hacer las cruces mayores que le cabían, afirmando que cuanto se gastaban al hacer aquellas cruces lo crecían después en la arqueta, como él había experimentado muchas veces. Y de tal guisa, no sin grandísima utilidad suya, habiendo cruzado a todos los certaldeños, por su rápida invención se burló de aquellos que, quitándole la pluma, habían querido burlarse de él. Los cuales, estando en su sermón y habiendo oído el extraordinario remedio encontrado por él, y cómo se las había arreglado y con qué palabras, se habían reído tanto que habían creído que se les desencajaban las mandíbulas; y luego de que se hubo ido el vulgo, yendo a él, con la mayor fiesta del mundo lo que habían hecho le descubrieron y luego le devolvieron su pluma, la cual al año siguiente le valió no menos que aquel día le habían valido los carbones.

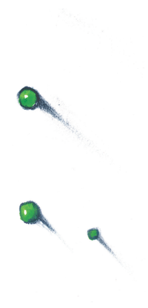
Esta historia dio por igual a toda la compañía grandísimo placer y solaz y mucho se rieron todos de fray Cebolla y máximamente de su peregrinación y de las reliquias tanto vistas por él como traídas; la cual sintiendo la reina que había acabado, e igualmente su

señorío, poniéndose en pie, se quitó la corona y, riendo, se la puso en la cabeza a Dioneo y dijo:
–Es tiempo, Dioneo, que algo pruebes la carga que es tener que guiar y gobernar a las mujeres; sé, pues, rey, y reina de tal manera que al final de tu gobierno lo alabemos.
Dioneo, recibiendo la corona, repuso riendo:
–Muchas veces podéis haber visto reyes de ajedrez que son más preciosos de lo que yo soy; y por cierto que si me obedecieseis como a un verdadero rey se obedece, os haría gozar de aquello sin lo cual es verdad que ninguna fiesta es totalmente alegre. Pero dejemos estas palabras; gobernaré como pueda.
Y haciendo, según la costumbre usada, venir al senescal, lo que tenía que hacer mientras durase su señorío le mandó; y luego dijo:
–Valerosas señoras, de diversas maneras se ha hablado aquí tanto del ingenio humano y de los varios sucesos que, si la señora Licisca no hubiese venido aquí hace un rato (que con sus palabras me ha dado la materia de las futuras narraciones de mañana) temo que me hubiera costado mucho tiempo encontrar tema sobre el que hablar. Ella, como habéis oído, dijo que no tenía una vecina que hubiera ido doncella a su marido, y añadió que bien sabía cuántas y cuáles burlas seguían las casadas haciendo a sus maridos. Pero dejando la primera parte, que es cosa de criaturas, pienso que la segunda deba ser divertida para hablar de ella, y por ello quiero que mañana se digan, puesto que la señora Licisca nos ha dado el motivo, burlas que por amor o por salvación suya han hecho las mujeres a sus maridos, habiéndose ellos apercibido o no.
Hablar de tal materia parecía a algunas de las damas que no era apropiado para ellas y le rogaban que cambiase el tema propuesto; a quienes el rey respondió:
–Señoras, sé lo que he ordenado mejor que vosotras, y de ordenarlo no me podréis apartar por lo que queréis mostrarme, considerando que estamos en tales tiempos que con guardarse los hombres y las mujeres de obrar deshonestamente toda conversación está permitida. Pues ¿no sabéis que por la perversidad de esta temporada los jueces han abandonado los tribunales, las leyes tanto divinas como humanas están calladas y amplia licencia para conservar la vida se ha concedido a cada uno? Por lo que, si algo se relaja vuestra honestidad al hablar, no para seguir con las obras nada desordenado sino para deleite de los demás y vuestro, no veo con qué argumento os pueda en el porvenir ser reprochado por nadie. Además de esto, nuestra compañía, desde el primer momento hasta esta hora honestísima, por nada que se diga no me parece que en ningún acto se manche ni sea manchada, con la ayuda de Dios. Además, ¿quién no conoce vuestra honestidad? La cual no ya las conversaciones divertidas sino el terror de la muerte creo que no podría desalentar. Y por decir verdad, quien supiera que dejasteis de hablar de estas chanzas alguna vez acaso sospecharía que fueseis culpables de lo que teníais que narrar y que por ello no quisisteis. Sin contar con que bien me honraríais si habiendo yo obedecido a todas, ahora, habiéndome hecho vuestro rey, quisierais imponerme la ley y no hablar de lo que yo ordenase. Dejad, pues, este temor más propio de ánimos bajos que de los nuestros, y buena suerte tenga cada una en pensar una buena historia.
Cuando las señoras esto hubieron oído dijeron que fuera así como a él le pluguiese; por lo que el rey hasta la hora de la cena dio a cada uno licencia de hacer lo que gustase. Estaba el sol todavía muy alto porque las narraciones habían sido breves; por lo que, habiéndose Dioneo con los otros jóvenes puesto a jugar a las tablas, Elisa, llamando aparte a las otras señoras, dijo:
–Desde que estarnos aquí he deseado llevaros a un lugar muy cerca de éste donde no creo que ninguna

de vosotras haya estado, y se llama el Valle de las Damas; y hasta ahora no he visto el momento de poderos llevar allí sino hoy, puesto que el sol está aún alto; y por ello, si os place venir, no dudo que cuando estéis allí no estéis contentísimas de haber estado.

Las señoras dijeron que estaban dispuestas, y llamando a una de sus criadas, sin decir nada a los jóvenes, se pusieron en camino; y no habían andado más de una milla cuando llegaron al Valle de las Damas; dentro del cual, por un camino muy estrecho por una de cuyas partes corría un clarísimo arroyo, entraron; y lo vieron tan hermoso y tan deleitoso, y especialmente en aquel tiempo en que el calor era grande cuanto más podría imaginarse. Y según me dijo luego alguna de ellas, el llano que había en el valle era tan redondo como si hubiera sido trazado con compás aunque artificio de la naturaleza y no de la mano del hombre pareciese; y tenía de contorno poco más de media milla, rodeado por seis montañitas no muy altas, y encima de la cumbre de cada una se veía un edificio que tenía la forma de un hermoso castillito. Las laderas de tales montañitas declinando hacia la llanura descendían como en los teatros vemos que desde la cima las gradas hasta la parte más baja vienen sucesivamente ordenadas, estrechando siempre su círculo. Y estaban estas laderas, cuantas a la vertiente del mediodía miraban, todas con viñas, olivos, almendros, cerezos, higueras y otras clases muchas de árboles frutales llenas sin dejar un palmo. Las que miraban al carro del Septentrión todas eran de bosquecillos de chaparros, fresnos y otros árboles verdísimos y lo más derechos que podían estar. La llanura de abajo, sin tener más entrada que aquella por donde las damas habían venido, estaba llena de abetos, de cipreses, de laureles y de algunos pinos, tan bien compuestos y tan bien ordenados como si todos hubieran sido plantados por el mejor artífice; y entre ellos poco sol o ninguno, entonces que estaba alto, entraba hasta el suelo, que era todo un prado de hierba menudísima y llena de flores purpúreas y de otras. Y además de esto, lo que no menos de deleite que de otra cosa servía, había un arroyo que desde una de las calles que dos de aquellas montañitas dividían, caía sobre peñas de roca viva y al caer hacía un rumor muy deleitoso al oído, y al salpicar parecía de lejos plata viva que cayese de alguna cosa exprimida menudamente; y al llegar abajo a la pequeña llanura, allí, recogido en una hermosa acequia hasta la mitad de la llanura velocísimo, y formaba allí un pequeño lago como a veces a modo de vivero hacen en su jardín los habitantes de las ciudades que de ello tienen ocasión. Y era este lago no más profundo de lo que sea la estatura de un hombre hasta el pecho, y sin tener en sí mezcla alguna mostraba clarísimo su fondo que era de menudísimos guijos que, quien no hubiese tenido otra cosa que hacer, habría podido contarlos si quisiera; y no solamente al mirar se veía el fondo del agua sino tantos peces acá y allá ir discurriendo que además de deleite eran maravilla. Y no estaba cerrado por la otra orilla sino por el suelo del prado, tanto más hermoso en su borde cuanto más humedad tenía de él. El agua que desbordaba su capacidad la recibía otra acequia por la cual, saliendo fuera del vallecito, a las partes más bajas corría.

Venidas, pues, aquí las jóvenes damas, luego de que por todas partes hubieron mirado y alabado mucho el lugar, siendo grande el calor y viendo el pequeño piélago delante y sin ningún temor de ser vistas, deliberaron bañarse; y mandando a su criada que sobre el camino por donde habían estado se quedase y mirase si alguien venía y se lo hiciera saber, las siete se desnudaron y entraron en él, que no de otra manera escondía sus cándidos cuerpos de lo que haría a una encarnada rosa un cristal sutil. Estando ellas allí metidas sin que en nada se enturbiase el agua, comenzaron como podían a andar de acá para



allá detrás de los peces, los cuales mal tenían donde esconderse, y a querer cogerlos con las manos. Y luego de que en tal diversión, habiendo cogido algunos, estuvieron un rato, saliendo de allí se volvieron a vestir y sin poder alabar más el lugar que lo habían alabado, pareciéndoles tiempo de volverse a casa, con suave paso, hablando mucho de la belleza del lugar, se pusieron en camino; y llegando a la villa a bastante buena hora, todavía allí encontraron jugando a los jóvenes donde los habían dejado; a quienes Pampínea, riendo, dijo:

–Pues ya os hemos engañado hoy.

–¿Y cómo? –dijo Dioneo–. ¿Comenzáis primero las obras que las palabras?

Dijo Pampínea:

–Señor nuestro, sí.

Y extensamente le contó de dónde venían y cómo era el lugar y cuánto distaba de allí y lo que habían hecho.

El rey, oyendo hablar de la belleza del lugar, deseoso de verlo, prestamente hizo ordenar la cena; la cual luego de que con mucho placer de todos se terminó, los tres jóvenes con sus sirvientes, dejando a las damas, se fueron a este valle, y considerando cada cosa, no habiendo estado allí nunca ninguno de ellos, alabaron aquello como una de las más bellas cosas del mundo; y luego de que se hubieron bañado y volvieron a vestirse, como se hacía demasiado tarde se volvieron a casa, donde encontraron a las mujeres que danzaban una carola a un aria cantada por Fiameta; y con ellas, terminada su carola, entrando en conversación sobre el Valle de las Damas, mucho bien y muchas alabanzas dijeron. Por la cual cosa el rey, haciendo venir al senescal, le mandó que a la mañana siguiente hiciera que allí fuesen preparadas las cosas y fuera llevada alguna cama por si alguna quisiera dormir o acostarse la siesta. Después de esto, haciendo venir luces y vino y dulces y un tanto reconfortados, mandó que todo el mundo se pusiese a bailar; y habiendo iniciado Pánfilo una danza por voluntad suya, el rey, volviéndose a Elisa, le dijo amablemente:

–Hermosa joven, hoy me hiciste la honra de darme la corona, y yo quiero hacerte a ti esta noche la de la canción; y por ello haz una que diga lo que más te guste.

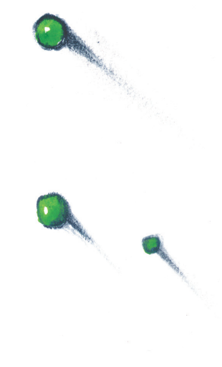
A quien Elisa repuso sonriendo que de buen grado, y con suave voz comenzó de esta guisa:

Amor, si de tus garras yo saliera
no podría suceder
que otro de tus anzuelos más mordiera.
Yo era una niña cuando entré en tu guerra
creyendo que era suma y dulce paz,
y las armas dejé puestas en tierra
cual quien confía en uno que es veraz,
tú, desleal tirano, eres rapaz
y me hiciste caer
con tu armamento y con tu garra fiera.
Luego, bien apretada en tus cadenas,
a quien nació para verdugo mío,
llena de tristes lágrimas y penas

presa me diste, y tiene mi albedrío;
y es tan duro y cruel su señorío
que no pueden mover
su corazón mis suspiros ni ojeras.
Mis ruegos todos se los lleva el viento:
nadie me escucha ni me quiere oír,
y, si cada hora crece mi tormento,
viviendo con dolor no sé morir,
¡Ah, duélete, señor, de mi sufrir!
Lo que no puedo hacer
haz tú, y dámelo atado en forma fiera.
Y si no quieres, por lo menos suelta
el nudo con que me ata la esperanza.
¡Ah, que la libertad me sea devuelta!
Pues yo tendré, si lo haces, confianza
en ser bella de nuevo sin tardanza;
y sin más padecer
con blanca y roja flor ornada fuera.

Luego de que con un suspiro muy apesadumbrado Elisa hubo dado fin a su canción, aunque todos se maravillasen de tales palabras, ninguno hubo que pudiera adivinar quién de tal cantar la razón fuese. Pero el rey, que estaba de buen humor, haciendo llamar a Tíndaro, le ordenó que sacase su cornamusa, al son de la cual hizo bailar muchas danzas; pero cuando ya buena parte de la noche había pasado, dijo a todos que se fuesen a dormir.

TERMINA LA SEXTA JORNADA



Comienza la séptima jornada del Decamerón, en la cual, bajo el gobierno de Dioneo, se discurre sobre burlas que por amor o por su salvación han hecho las mujeres a sus maridos, habiéndose apercibido ellos o no.





Todas las estrellas habían huido ya de las partes del oriente, con la excepción de aquella que Lucifer llamamos, que todavía lucía en la blanqueciente aurora, cuando el senescal, levantándose, con un gran equipaje se fue al Valle de las Damas para disponer allí todas las cosas según la orden y el mandato habido de su señor. Después de cuya marcha no tardó mucho en levantarse el rey, a quien había despertado el estrépito de los cargadores y de las bestias; y levantándose, hizo levantar a las señoras y a los jóvenes por igual; y no despuntaban aún bien los rayos del sol cuando todos se pusieron en camino. Y nunca hasta entonces les había parecido que los ruiseñores cantaban tan alegremente y los otros pájaros como aquella mañana les parecía; por cuyos cantos acompañados se fueron al Valle de las Damas, donde, recibidos por muchos más, les pareció que con su llegada se alegrasen. Allí, dando una vuelta por él y volviendo a mirarlo de arriba abajo, tanto más bello les pareció que el día pasado cuanto más conforme era con su belleza la hora del día.
Y luego de que con el buen vino y los dulces hubieron roto el ayuno para que por los pájaros no fuesen superados, comenzaron a cantar, y junto con ellos el valle, siempre entonando las mismas canciones que decían ellos a las que todos los pájaros, como si no quisiesen ser vencidos, dulces y nuevas notas añadían. Mas luego que la hora de comer fue venida, puestas las mesas bajo los frondosos laureles y los otros verdes árboles, junto al bello lago, como plugo al rey, fueron a sentarse, y mientras comían veían a los peces nadar por el lago en anchísimos bancos; lo que, tanto como de mirar daba a veces motivo para conversar. Pero luego de que llegó el final del almuerzo, y las viandas y las mesas fueron retiradas, todavía más contentos que antes empezaron a cantar y luego de esto a tañer sus instrumentos y a danzar; y después, habiéndose puesto camas en muchos lugares por el pequeño valle (todas por el discreto senescal rodeadas de sargas francesas y de cortinas cerradas) con licencia del rey, quien quiso pudo irse a dormir; y quien dormir no quiso, con los otros a sus acostumbrados entretenimientos podía entregarse a su placer. Pero llegada ya la hora en que todos estaban levantados y era tiempo de recogerse a novelar, según quiso el rey, no lejos del lugar donde comido habían, haciendo extender tapetes sobre la hierba y sentándose cerca del lago, mandó el rey a Emilia que comenzase; la cual, alegremente, así comenzó a decir sonriendo:

NOVELA PRIMERA

La cabeza de burro

Gianni Lotteringhi oye de noche llamar a su puerta; despierta a su mujer y ella le hace creer que es un espantajo; van a conjurarlo con una oración y las llamadas cesan.

Señor mío, me hubiera agradado muchísimo, si a vos os hubiera placido, que otra persona en lugar de mí hubiera a tan buena materia como es aquella de que hablar debemos hoy dado comienzo; pero puesto que os agrada que sea yo quien a las demás dé valor, lo haré de buena gana. Y me ingeniaré, carísimas señoras, en decir, algo que pueda seros útil en el porvenir, porque si las demás son como yo, todas somos medrosas, y máximamente de los espantajos que sabe Dios que no sé qué son ni he encontrado hasta ahora a nadie que lo supiera, pero a quienes todas tememos por igual; y para hacerlos irse cuando vengan a vosotras, tomando buena nota de mi historia, podréis una santa y buena oración, y muy valiosa para ello, aprender.

Hubo en Florencia, en el barrio de San Brancazio, un vendedor de estambre que se llamó Gianni Lotteringhi, hombre más afortunado en su arte que sabio en otras cosas, porque teniendo algo de simple, era con mucha frecuencia capitán de los laudenses de Santa María la Nueva, y tenía que ocuparse de su coro, y otras pequeñas ocupaciones semejantes desempeñaba con mucha frecuencia, con lo que él se tenía en mucho; y aquello le ocurría porque muy frecuentemente, como hombre muy acomodado, daba buenas pitanzas a los frailes. Los cuales, porque el uno unas calzas, otro una capa y otro un escapulario le sacaban con frecuencia, le enseñaban buenas oraciones y le daban el paternoste en vulgar y la canción de San Alejo y el lamento de San Bernardo y las alabanzas de doña Matelda y otras tonterías tales, que él tenía en gran aprecio y todas por la salvación de su alma las decía muy diligentemente. Ahora, tenía éste una mujer hermosísima y atrayente por esposa, la cual tenía por nombre doña Tessa y era hija de Mannuccio de la Cuculía, muy sabia y previsora, la cual, conociendo la simpleza del marido, estando enamorada de Federigo de los Neri Pegolotti, el cual hermoso y lozano joven era, y él de ella, arregló con una criada suya que Federigo viniese a hablarle a una tierra muy bella que el dicho Gianni tenía en Camerata, donde ella estaba todo el verano; y Gianni alguna vez allí venía por la tarde a cenar y a dormir y por la mañana se volvía a la tienda y a veces a sus laúdes.

Federigo, que desmesuradamente lo deseaba, cogiendo la ocasión, un día que le fue ordenado, al anochecer allá se fue, y no viniendo Gianni por la noche, con mucho placer y tiempo, cenó y durmió con la señora, y ella, estando en sus brazos por la noche, le enseñó cerca de seis de los laúdes de su marido. Pero no entendiendo que aquélla fuese la última vez como había sido la primera, ni tampoco Federigo, para que la criada no tuviese que ir a buscarle a cada vez, arreglaron juntos esta manera: que él todos los días, cuando fuera o volviera de una posesión suya que un poco más abajo estaba, se fijase en una viña que había junto a la casa de ella, y vería una calavera de burro sobre un palo de los de la vid, la cual, cuando



con el hocico vuelto hacia Florencia viese, seguramente y sin falta por la noche, viniese a ella, y si no encontraba la puerta abierta, claramente llamase tres veces, y ella le abriría; y cuando viese el hocico de la calavera vuelto hacia Fiésole no viniera porque Gianni estaría allí. Y haciendo de esta manera, muchas veces juntos estuvieron; pero entre las otras veces hubo una en que, debiendo Federigo cenar con doña Tessa, habiendo ella hecho asar dos gordos capones, sucedió que Gianni, que no debía venir, muy tarde vino. De lo que la señora mucho se apesadumbró, y él y ella cenaron un poco de carne salada que había hecho salcochar aparte; y la criada hizo llevar, en un mantel blanco, los dos capones guisados y muchos huevos frescos y una frasca de buen vino a un jardín suyo al cual podía entrarse sin ir por la casa y donde ella acostumbraba a cenar con Federigo alguna vez, y le dijo que al pie de un melocotonero que estaba junto a un pradecillo aquellas cosas pusiera; y tanto fue el enojo que tuvo, que no se acordó de decirle a la criada que esperase hasta que Federigo viniese y le dijera que Gianni estaba allí y que cogiera aquellas cosas del huerto. Por lo que, yéndose a la cama Gianni y ella, y del mismo modo la criada, no pasó mucho sin que Federigo llegase y llamase una vez claramente a la puerta, la cual estaba tan cerca de la alcoba, que Gianni lo sintió incontinenti, y también la mujer; pero para que Gianni nada pudiera sospechar de ella, hizo como que dormía.

Y, esperando un poco, Federigo llamó la segunda vez; de lo que maravillándose Gianni, pellizcó un poco a la mujer y le dijo:

–Tessa, ¿oyes lo que yo? Parece que llaman a nuestra puerta.

La mujer, que mucho mejor que él lo había oído, hizo como que se despertaba, y dijo:

–¿Qué dices, eh?

–Digo –dijo Gianni– que parece que llaman a nuestra puerta.

–¿Llaman? ¡Ay, Gianni mío! ¿No sabes lo que es? Es el espantajo, de quien he tenido estas noches el mayor miedo que nunca se tuvo, tal que, cuando lo he sentido, me he tapado la cabeza y no me he atrevido a destapármela hasta que ha sido día claro.

Dijo entonces Gianni:

–Anda, mujer, no tengas miedo si es él, porque he dicho antes el Te lucis y la Intermerata y muchas otras buenas oraciones cuando íbamos a acostarnos y también he persignado la cama de esquina a esquina con el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y no hay que tener miedo: que no puede, por mucho poder que tenga, hacernos daño.

La mujer, para que Federigo por acaso no sospechase otra cosa y se enojase con ella, deliberó que tenía que levantarse y hacerle oír que Gianni estaba dentro, y dijo al marido:

–Muy bien, tú di tus palabras; yo por mi parte no me tendré por salvada ni segura si no lo conjuramos, ya

que estás tú aquí.
Dijo Gianni:
–¿Pues cómo se le conjura?
Dijo la mujer:
–Yo bien lo sé, que antier, cuando fui a Fiésole a ganar las indulgencias, una de aquellas ermitañas que es, Gianni mío, la cosa más santa que Dios te diga por mí, viéndome tan medrosa me enseñó una santa y buena oración, y dijo que la había probado muchas veces antes de ser ermitaña y siempre le había servido. Pero Dios sabe que sola nunca me habría atrevido a ir a probarla; Pero ahora que estás tú, quiero que vayamos a conjurarlo.
Gianni dijo que muy bien le parecía; y levantándose, se fueron los dos calladamente a la puerta, fuera de la cual todavía Federigo, ya sospechando, estaba; y llegados allí, dijo la mujer a Gianni:
–Ahora escupe cuando yo te lo diga.
Dijo Gianni:
–Bien.
Y la mujer comenzó la oración, y dijo:
–Espantajo, espantajo, que por la noche vas, con la cola tiesa viniste, con la cola tiesa te irás; vete al huerto junto al melocotonero, allí hay grasa tiznada y cien cagajones de mi gallina; cata el frasco y vete deprisa, y no hagas daño ni a mí ni a mi Gianni.
Y dicho así, dijo al marido:
–¡Escupe, Gianni!
Y Gianni escupió; y Federigo, que fuera estaba y esto oído, ya desvanecidos los celos, con toda su melancolía tenía tantas ganas de reír que estallaba, y en voz baja, cuando Gianni escupía, decía:
–Los dientes.
La mujer, luego de que en esta guisa hubo conjurado tres veces al espantajo, a la cama volvió con su marido. Federigo, que con ella esperaba cenar, no habiendo cenado y habiendo bien las palabras de la oración entendido, se fue al huerto y junto al melocotonero encontrando los dos capones y el vino y los huevos, se los llevó a casa y cenó con gran gusto; y luego las otras veces que se encontró con la mujer mucho con ella rió de este conjuro.
Es cierto que dicen algunos que sí había vuelto la mujer la calavera del burro hacia Fiésole, pero que un labrador que pasaba por la viña le había dado con un bastón y le había hecho dar vueltas, y se había quedado mirando a Florencia, y por ello Federigo, creyendo que le llamaban, había venido, y que la mujer había dicho la oración de esta guisa: «Espantajo, espantajo, vete con Dios, que la calavera del burro no la volví yo, que otro fue, que Dios le dé castigo y yo estoy aquí con el Gianni mío»; por lo que, yéndose, sin albergue y sin cena se había quedado. Pero una vecina mía, que es una mujer muy vieja, me dice que una y otra fueron verdad, según lo que ella de niña había oído, pero que la última no a Gianni Lotteringhi había sucedido sino a uno que se llamó Gianni de Nello, que estaba en Porta San Pietro no menos completo bobalicón que lo fue Gianni Lotteringhi. Y por ello, caras señoras mías, a vuestra elección dejo tomar la que más os plazca de las dos, o si queréis las dos: tienen muchísima virtud para tales cosas, como por experiencia habéis oído; aprendedlas y ojalá os sirvan.